

es el único de su generación que aún permanece felizmente vivo. Formó parte de la promoción poética de las revistas *Ágora* y *Altozano* y, después de la guerra, en las revistas *Feria*, de Albacete, y *Cervantino*, de Villarrobledo. Aparte de éstas y otras colaboraciones, así toda su producción permanecía lamentablemente inédita, por las mismas razones que antes hemos apuntado en cuanto a sus compañeros de promoción de la terrible «poesía del silencio». En nuestras largas conversaciones, cada vez que visitaba Albacete, intenté muchas veces convencerle que reuniera sus seis libros manuscritos de poesía y que realizara de ellos una antología poética, mínima pero fundamental. Me ha hecho caso, por fin, y en 1989 él mismo ha tenido que editarse su libro, verdaderamente emocionante y ejemplar: *Íntima Convicción. Antología poética. 1925-1988*.

A través del mismo vemos cómo ha ido evolucionando su musa, y, aunque a nosotros nos interesa profundamente todo lo suyo, hasta lo más reciente, nos detendremos tan solo en sus primeros momentos: aquellos en los que participaba plenamente de su etapa generacional, la de 1936, que es el objeto de este estudio de hoy. Pertenecen, pues, a los primeros apartados de la antología: *Primiticias* (1925-1935), *Versos Nuevos* (1928-1934), *La Hora Serena* (1929-1935) y *Signos de Amor* (1934-1935). Todos ellos son los de su etapa más lírica, la de los años 30, donde hay una preocupación hacia la *Poesía pura*, casi juanramoniana, con una actitud lírica verdaderamente trascendente.

«Poesía, religión mía,  
yo no he de emprender cruzada  
contigo ni por ti nunca.

Yo no he de coartar conciencias  
a nadie, con esta espada  
que tú me diste a mí solo.

Pues cuantos menos te crean;  
cuantos menos te conozcan,  
mejor será para ti  
y para mí, paz serena. (...)

Yo no seré el Caballero  
armado que, por ti, luche  
y te imponga a tus infieles.

Bien sé yo que tú nos llamas,